

ral sustento, con su oxígeno vital, contiene por cada uno de sus átomos latentes y encierra en sus troncos, ya insectos, ya reptiles, que dan con terrible facilidad el sueño de la muerte. Nada más fácil, pues, entre aquellas espirales de combates sobrepuestos, entre aquellos torbellinos donde luchan desde las electricidades contrarias hasta las especies enemigas, que hallar siempre un hálito de muerte desparamado en cada ebullición de la vida. Así acostumbra aquellas gentes á presenciar combates que comienzan en las especies más inofensivas, excitadas artificiosamente á la guerra, y concluyen allá en las especies más fuertes, gustando todos los indios á una, tanto del combate entre los gallos como del combate entre los elefantes. Desconocerá estas tierras, sin poder nunca fijarse con acierto en su naturaleza intrínseca é íntima, quien desconozca los contrastes de muerte y vida encerrados en su seno, y que así provocan á las exaltaciones del amor como á las exaltaciones del odio, y que así producen especies vivificadoras y auxiliares del hombre cual especies destructivas y carnívoras, en tal número y en tal intensidad, como no se conocen por ninguna otra parte. El sol vivificante lo anima todo, pero también lo abrasa ó lo pudre. Aquellos mares indios relucen como petos divinos á la luz diurna, pero también se levantan subleva-

dos al azote de los ciclones. Lleva mucha vida un aire cargado con el oxígeno de tantos vegetales y con la evaporación de tantos ríos, pero también mucha electricidad asoladora. Del Himalaya, y sus estribaciones, y sus cordilleras, fluyen las venas que prestan humedad á los campos y á los árboles savia, pero también las lavas humeantes y asoladoras que todo lo devastan cual nubes de fuego caídas sobre la tierra. Inmenso el Ganges, de aguas amarillas como ámbar líquido, y de arenales como la nieve blancos, y de bambúes en cuya comparación parecen juncos nuestras cañas, y de árboles en que las flores amarillas alternan con flores, ya celestes, ya purpúreas, y de aves acuáticas, las cuales tiñen sus sedosos plumajes con zumos que parecen destilados del iris, y entre tanta y tan múltiple vida, los miasmas pestíferos que corrompen las atmósferas más lejanas y llevan diseminados en sus particulillas hálitos de muerte.

¿Y quién podrá pintar un monte de la India? Sus poetas y sus teólogos han puesto allí los dioses. Y han hecho bien, porque difícilmente podrían darles un trono mayor y más digno. ¡Qué selvas se dilatan por sus raíces! ¡Qué cascadas argénteas caen entre sus riscos azules! ¡Qué ríos corren desde allí sin pararse jamás ni rendirse á su eterno movimiento hasta entrar por los mares! ¡Cuánta sereni-

dad y paz en la producción de aquella vida que, al alejarse de sus plantas, arde intensa en guerras y combates! Luégo ¡qué praderas todas sembradas de rosas, sobre las cuales juguetean los más hermosos insectos, los que llevan iris en sus alas y mieles en sus bocas! A un lado los ventisqueros albos y relucientes, á otro lado los volcanes rojos y devastadores. Luégo bandadas innumerables de águilas gigantes, cuyas alas se confunden con bandadas de nubes teñidas unas veces de arreboles, inflamadas otras veces de relámpagos, como ventisqueros indecisos, volcanes aéreos, figuras extrañas, vapores que se cuajan por las reverberaciones ya del sol, ya de la luna, ya del volcán, ya del día reflejado en las nieves eternas, ya de los espejismos varios, en una especie de joyas cortadas por facetas de gran relieve y compuestas por riquísima pedrería. No alabaremos perpetuamente montañas como éstas, las cuales diríais que llegan á hendir el cielo tan sólo para traer á nuestro seno desde sus alturas la copiosa vida celestial. Así no debemos extrañarnos de que las literaturas hayan puesto en los montes los inspiradores con las inspiraciones de su poesía, cual tampoco de que hayan puesto allí todos los creyentes el coro de sus inmortales dioses. Suprimid estos montes, sus alturas inaccesibles, sus ventisqueros eternos, sus volcanes humeantes, y habéis, en ver-

dad, suprimido la India, porque de allí descende sin duda esa humedad á la cual podríamos llamar hembra ó madre, como al calor padre ó macho, cuyos amores incansables é inextinguibles producen la fauna y la flora indias.

Nos hemos detenido en la contemplación de todos estos paisajes porque ellos y sólo ellos explican ciertas escenas de la historia que vamos á evocar ahora. Bajando el Ganges, en dirección de Benares, la ciudad santa, dilátase un espacio habitado en otros siglos por Asgartha, vieja población de los brahmanes. Todo cuanto la imaginación podía soñar congregábase allí como en homenaje á sus sacros habitadores. Las piscinas inmensas y sombreadas por florestas dilatábanse al pie de titánicas escalinatas de tales dimensiones que las diríais talladas para ofrecer ascenso á razas de gigantes. El titánico trabajo que ha erigido estas escalinatas, ha tallado en las colinas y en las montañas también elefantes colosales con diademas en sus cabezas y guirnaldas enredadas entre sus plantas, interrumpiendo las perspectivas compuestas por largos intercolumnios sobre los cuales descansan techumbres hechas de sándalo y embutidas con ramajes de oro y de marfil.

Un ilustre nombre llena todos aquellos espacios y se levanta sobre todas aquellas ruinas. Es Kuma-

rita, la reina del llano, que defendiera ciudad tan grande contra las irrupciones devastadoras de aquellos montañeses descendidos, á guisa de ruidosas cataratas, desde los altos picos del Himalaya y sus enriscamientos al espacioso llano. Habían salido los reyes y sacerdotes de Asgartha en busca de feroces enemigos y dejádose la ciudad santa en manos de Kumarita. Esta ciudad se hallaba de antiguo en la liturgia india y en sus tradicionales ritos consagrada, como si toda ella fuese un solo templo, al sol, á ese foco de fuego creador que pone aroma en las corolas, mieles en los agujones, azúcar en las frutas, colores en los objetos, armonías en las gargantas, calor en los planetas, vida y vida exuberante por doquier, allí donde su rayo penetra, pero mucho más en esta fecundísima India. El culto al sol había en aquel recinto aglomerado riquezas innumerables, las cuales, á manera de cebo, provocaban la codicia de los montañeses. ¡En cuántas ocasiones los hijos de aquellas enriscadas cumbres, acostumbrados á las inclemencias de las alturas, con las nubes á los piés, con los ventisqueros al lado, ya entre aludes, ya entre lavas, mirarían la ciudad lejana, y viéndola tan hermosa y relumbrante anhelarían codiciosos un saco provechosísimo en sus palacios y en sus templos! Y efectivamente, ciudad tan bella y poderosa no podía subsistir sin reinar.

Para extenderse y acostarse tranquila en su mullido lecho de flores, necesitaba circundarse tanto de fortalezas como de guarniciones que diesen fianzas verdaderamente sólidas á su desarrollo y á su paz. Por consecuencia, las tribus circunvecinas, muy especialmente aquellas levantadas en las alturas que podían caer sobre su cuerpo como el milano sobre la paloma y como el tigre sobre la gacela, debían estar completamente subyugadas y sujetas al poder y autoridad indispensable de aquellas poblaciones presididas y comandadas por un absoluto monarca. ¡Qué mucho si por las alturas, de vez en cuando, se levantaban jefes dispuestos á romper la coyunda y saquear la ciudad y su corte después de haberla desacatado! Yodla se decía ó llamaba el jefe que reuniera y congregara todas estas gentes armadas para ir contra la ciudad magna del sol, acusándola de tomar las lanas de sus ganados para los tejidos, la miel de las colmenas para los platos, las vírgenes del hogar para los lechos, en nombre de una dominación verdaderamente insufrible por lo exagerada y por lo tiránica. En consecuencia de tales pensamientos, anidados entre aquellos hombres tan carniceros como las águilas de sus cumbres ó como los leopardos de sus cavernas, requirieron las armas con furor y alumbraron las vías conducentes al llano con voraces hogueras. Estas fogatas,

puestas en ciertos sitios, indicaban el indispensable requerimiento de armas y la congregación de lanceiros y de lanzas que se necesitaban para una cualquiera de sus frecuentes y temerarias empresas. En cuanto las nefastas señales del odio relucían por aquellas cumbres y se reflejaban en aquellos horizontes, veíanse acudir en grandes tropes muchedumbres armadas husmeando la guerra. Cuanto alcanzaba la vista desde los picachos más eminentes por espacios que pedían tres días de camino para ser atravesados ó recorridos, juntábanse legiones, unas tendidas en carros de guerra, otras montadas en caballos rápidos como el viento y cubiertos con pieles de fieras, muchos erguidos sobre altos elefantes. El fragor de tales muchedumbres armadas se dilató desde los riscos del Himalaya hasta las riberas del mar.

Imaginaos cómo codiciarían los techos embutidos de marfil y oro todos aquellos montañeses acostumbrados á tener las ramas de los cedros por techumbre; cómo los mantos de púrpura y los trajes de tisú aquellos que vivían en primitiva desnudez; cómo las perlas del mar índico y las esmeraldas de Golconda y sus minas aquellos que por toda pedrería guardaban las gotas del rocío en las florestas del valle y el argenteo de la escarcha en los abetos del monte. ¿Veis el instinto que ha puesto

naturaleza en los tigres de las selvas, en los chacales de las cuevas, en los leones de las soledades, en las águilas del aire? Pues ese mismo instinto impele todas estas razas del Norte hacia la irrupción y la conquista. Sus ojuelos, parecidos á los del ave nocturna en la oscuridad, amarillean como los fuegos fatuos en los campos sembrados de cadáveres. Sus anchos pechos hierven y resuellan á guisa de ardiente fragua. Sobre sus espaldas podría levantarse un edificio. Los nervudos brazos parecen hechos para soportar y esgrimir instrumentos de guerra. Su aliento, como si estuviera cargado de miasmas, difunde la muerte, y sus piés, como las raíces de ciertas plantas parietarias, solamente se extienden sobre las ruinas. Quien haya visto campo fértil tras diluvio de langostas, ciudad erguida y populosa tras terremoto y erupción, comarcas en cuyos aires se haya diluído la peste, podrá concebir un suelo atravesado por aquellas hordas, parduscas como el murciélago, crueles como el chacal, y que parecen tan distantes del indio culto y civilizado que ha leído los vedas y ha escuchado los brahmas como el mono. Europa no ha menester mucho esfuerzo para concebir legiones como estas que amenazan la ciudad santa donde reina Kumarita y que descienden como especies devastadoras desde los desiertos helados y las mesetas altísimas á los

hondos paradisíacos valles regados por el Ganges, de sacras aguas, y cubiertos de una vegetación en la cual están como condensados mares de savia, de aroma, de vida. Mil veces nuestras hermosas ciudades, lo mismo Atenas que Roma, lo mismo Roma que Niza ó Marsella, lo mismo Niza ó Marsella que Barcelona ó que Sevilla, se han visto asaltadas por estas tribus guerreras de las mesetas centrales del Asia, que dejaban tras sí con el saco, el incendio, la matanza, el exterminio, un desolado desierto. Así como en las alturas se condensa con la lluvia benéfica y suave, que todo lo fecundiza, el rayo que azota y hiere, ¡oh!, en estas mesetas centrales del Asia extendidas entre las cumbres del Himalaya y las cumbres del Cáucaso brotarán aquellos que construyeran el Partenón y aquellos que lo derribaran; los que levantaron el Capitolio y los que lo destruyeron; el navegante griego, diseminador de colonias por las orillas del Mediterráneo, y los tártaros, y los hunos, y los mongoles, con sus ojos de buho, y sus rostros de tortuga, y sus labios de monos, y sus brazos de tigre, y su instinto de ave carnífera, tendidos en los carros como el trueno en la nube, y que tanto ignoran de dónde vienen como adónde van, verdadera peste social encargada de cumplir su terrible obra de asolador exterminio.

Pues bien, frente á estos hombres se levanta Kumarita, una débil mujer. ¿Habéis visto la encina derribada por el huracán y la caña indemne? Pues de los seres que piden á la debilidad fuerza es Kumarita. No la creáis de primera estirpe, aunque la veis en altísimo trono. Fácil de suyo la grandeza en quienes suelen heredarla recibiendo el ahorro de cien generaciones y acumulando en sus senos innumerables centurias de lucha y de trabajo. Los verdaderamente grandes suben, cual los árboles seculares de una bellota invisible caída y encerrada entre pedruscos á encina que resiste así el huracán como el tiempo. Kumarita nació en la casta de los sudras, es decir, en la casta de los trabajadores. Su padre recogía los filamentos del bómbox, las lanas del valle Cachemira, los pelos de la cabra del Hibet, y tejiéndolos con arte urdía preciosa urdimbre, que teñida luégo en zumos como la cochinilla ó el añil, y bordadas en realces de oro, llegaban á componer, ó bien esas gasas, ó bien esos tapices que adornan los palacios del edén índico y extienden grata sombra sobre los poderosos del mundo. A pesar de haber nacido en los sitios verdaderamente predilectos de los dioses, como aquellos donde confluyen las aguas del Ganges con las aguas del Yamuna ¡oh! aquel respetabilísimo padre de Kumarita no se había exentado á la común ley que

divide á los hombres en castas y designa los unos para el mando, los otros para la servidumbre, según el órgano de Brahma que ha dado vida y sér á sus progenitores en el día supremo de la gestación universal. Así pasaba la primer parte del día en la obra de sus tejidos, que otros vendían, y la parte segunda en los servicios de la pagoda y del Dios, á los cuales hallábase inscrito como cualquier inerte y pasivo instrumento. El haber nacido en clases inferiores no suele obstar á las grandes ascensiones, y menos que á las grandes ascensiones, á los impulsos de subir y de llegar arriba. El buen sudra, que veía los altares, los dioses, los brahmanes, los sacrificios, el humo de las ofrendas presentadas á las divinidades múltiples, el culto divino, concebía grandes ideas, las mezclaba con toda su vida, y especialmente con los ensueños y las satisfacciones de su amor. No debe, pues, extrañarnos que su mujer sintiera durante sus embarazos aspiraciones múltiples á las grandezas inaccesibles. Pero cuando concibió á Kumarita multiplicáronse con multiplicación incalculable tamañas fantasías. Soñaba que los dioses la seguían y la contemplaban, tomando por el fruto de sus entrañas cuidados de padres. Soñaba que había engendrado un sér extraordinario con signos claros de predilecciones divinas. Soñaba que paría una hija, pero que tal hija, bro-

tada en clase inferior, subía en alas de los vientos al disco del sol y se quedaba en aquellas alturas entre los inmortales. Como toda mujer amante, la madre de Kumarita, en sus amores, había transfundido á su alma el alma de su esposo y tomádole toda la grandeza y toda la exaltación de sus ensueños. Imposible allá en los pueblos indios que la superstición propia de las fantasías primitivas renuncie á relacionar los ensueños con las realidades y á establecer una especie de armonía entre las estrellas del cielo y las almas del hombre. A virtud y por obra de tal estado interior, los sortilegios, las adivinanzas, las evocaciones, las quiromancias y las nigromancias, el anunciar lo porvenir en la palma de una mano y la interpretación de los sueños

En todos estos pueblos, uno de los signos que distinguen al sacerdote de los demás humanos y le prestan ascendiente sobrenatural es el conocimiento y competencia en la interpretación de los ensueños. Consultado el que tenía por oficio la interpretación en aquella pagoda sacra de los viejos brahmanes, aconsejó consagrar la criatura que traería consigo el venidero parto á la virgen madre Nari. La religión fundamental india es una especie de panteísmo materialista. Dios para los indios antiguos es como la luz para ciertos físicos modernos. Y así como éstos creen que todas

las cosas, desde las mayores á los menores, deben llamarse condensaciones del éter, aunque sean oscuras y estén frías en el grado último de frialdad, creen los indios que todos los seres, aun los más humildes, resultan á la postre manifestaciones brillantísimas del Dios universal. Y los objetos pertenecen á Dios, no solamente porque graviten alrededor suyo como en nuestra moderna astronomía los planetas alrededor del sol, sino porque á modo de los planetas mismos han brotado del sol, del sol se han desprendido, hallándose compuestos de su propia sustancia por tal emanación. Y como en el hombre se hallan compenetrados alma con cuerpo, en el Verbo idea con palabra, en el sol calor con luz, en el universo extendido por la inmensidad todo lo real forma como un cuerpo que se denomina la materia, y todo lo ideal forma como un alma que se denomina la divinidad. Sobre tal sér absoluto pasan todos los seres varios, en movimiento vertiginoso y en cambio continuo, quedando él, sólo y mismo, á sí completamente idéntico, cual pasan sobre los mares en espumas y embravecimientos las ondas más ó menos alteradas sin alterar la profunda serenidad majestuosa de su quieto y cristalino fondo. El espacio donde todo se dilata, el tiempo en que sucede todo, los soles animados por el fuego creador y animando tierras y criaturas de la tierra en lo infi-

nito, desde las estrellas centelleando en el cielo hasta la flor oliendo en el campo, las serpientes de lustrosas reverberaciones y los cometas etéreos, el hielo silencioso en las altas cumbres y el hervor de vida en los hondos valles, todo se anima con el soplo divino y todo vive de la vida misma del Criador. Esta doctrina de la unidad y de la variedad no excluye los múltiples dioses como los principios semíticos en los que la divinidad y la naturaleza se hallan divididos por incalculable apartamiento. Entre los indios, la divinidad está lo mismo en las fuerzas cósmicas que en las voluntades individuales, y lo mismo en la luz que en la idea, y lo mismo en el sér que en las propiedades del sér, y lo mismo en la vida que en las organizaciones y especies de la vida, y lo mismo en el espíritu que en las facultades espirituales, motor que todo lo impele, y éter que todo lo esclarece, y soplo y alma que todo lo anima, y aliento que todo lo vivifica, y supremo pensamiento que á todo provee, dispensando y difundiendo la vida sin perderla él, como la luminaria donde tantas otras luminarias suelen á una encenderse y avivarse sin que pierda ella su propio natural color y lumbré.

Por una razón bien explicable y natural, bajo la divinidad panteísta y en la divinidad panteísta caben muchos dioses y muchas diosas, puesto que la

religión védica no se reduce á divinizar los seres animados solamente, sino también las cosas inanimadas. La trinidad, ó trimurti, entra en los dogmas indios también; pero compuesta de diosas, y no de dioses solamente. Nari, á quien dedicaron la recién nacida sus religiosos padres, representa la divinización ó apoteosis del sexo femenino. Ella es como una cadencia indispensable á las armonías universales, como una generatriz que todo lo fecunda, como un amor que todo lo enciende y aviva, como una belleza que reviste de sus formas á los objetos, especie de musa que suspira y de diosa que saca sentimientos religiosos y hasta oraciones del seno de lo inanimado y de lo mudo. La Isis misteriosa de las orillas del Nilo, envuelta en sus velos de sombras realzados con estrellas de oro; la Cibele griega, ó madre tierra, donde todas las simientes brotan y todos los organismos se armonizan y enlazan unos con otros; la Vesta, de aspecto severísimo que guarda, como una estatua inmóvil, coronada por su diadema egipcia, el sacro fuego eterno, la llama vivificadora de todos los hogares romanos; desde la Militta, salvada de las ruinas en que Babilonia se ha convertido, hasta la druidesa que corta con su hoz áurea los árboles sagrados, todas estas divinidades provienen de aquella surgida de los lotos del Ganges á quien los sudras

piadosos, después de haber consultado las estrellas, consagraran su preciosa y amada Kumarita. Veis la palma que aguarda el polen fecundante, y la paloma que oye los arrullos amorosos, y la filomena reclusa sobre su nido caliente, y la corola bañada por efluvios miles vivísimos, y la luna pálida en pos de su planeta idolatrado, y la serenata en el cántico, pues eso mismo representa Nari en el cielo, como su esposo Nara, por su parte, representa el principio masculino, y los dos juntos el génesis ó la generación universal. Así en los conventos de Nara sólo se admitían los hombres, cual aquí en nuestros conventos de frailes, y en los conventos de Nari sólo se admitían mujeres, como aquí en los conventos de monjas. Pero el culto pedía una sensualidad que nosotros, nacidos en la madurez de nuestra tierra y de nuestra humanidad, sólo acertamos á comprender y á explicar por el rebosamiento de la vida en los tiempos y en los pueblos primitivos, á causa del gran calor vital que todo lo abrasaba y en cuyas vivaces llamas caían desnudas las especies sin acertar á sentir ni nuestros pudores ni nuestros escrúpulos. En templo donde componía el sándalo techumbres y suelos, cuyos respiraderos daban á selvas paradisíacas y á ríos edénicos, dentro de un aire perfumado por canela, y almizcle, y mirra; después de haber bebido néctares